

Jaime Barrera Parra (1890 - 1935)

O la vida que pasó por la vidriera de un bar

ANDRÉS EUGENIO ALONSO

*Una semblanza del gran
cronista de El Tiempo
que en la década del
treinta encontró en
Medellín el gran amor de
su vida y, al mismo
tiempo, la muerte.
El autor rescata esta
figura fascinante de
nuestra tradición
periodística y reconstruye
con cartas inéditas y
crónicas sus peripecias
comerciales, existenciales
y afectivas.*

Germán Arciniegas decía que este era un país de “turulatos” y “becquerianos” que no sabía distinguir entre las cosas que había soñado de las que no. Que perdidos en el vericuetto de los miles de papeles y papeles sin firmar, clasificábamos revueltos “nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado, con días y mujeres que no han existido sino en nuestra memoria”.

A mediados de 1935 estaba turulato y “para la firma” el decreto de nombramiento como cónsul colombiano en Génova del periodista santandereano —autor de la conocida columna “Notas del Week-End” en El Tiempo— don Jaime Barrera Parra. Pero, como decía el propio Arciniegas, “Jaime se fue para Génova y no se fue. Fue nombrado cónsul y no lo nombraron”. Porque quién sabe desde cuándo estaba escrito que el ministro jamás le estamparía la rúbrica al mentado decreto y que siete semanas después estando en Medellín a Jaime se le iba a caer el artesonado del moderno teatro Alcázar viendo una película de Carole Lombard. Hecho que a la postre vendría a darle toda la razón al propio periodista cuando en su momento se quejaba de que “no había manera de resistirse al

destino”. Y sí... al fin y al cabo ese parece no estar para la firma.

Era enero y un viento bajo recorría las calles y se chocaba con los muros de ladrillo y cemento, con las arquitecturas solemnes y sobrias que hacían pensar en una Medellín republicana. Era como si ese viento junto con la noche hubiese ayudado a acentuar lo novedoso que quizás a Jaime Barrera le resultaba mirar las mansardas en los altillos de las casas, la rigurosa simetría de los vanos, la extrema delicadeza en los acabados de los detalles decorativos en madera y hierro forjado. Medellín parecía nueva. O era, tal vez, que Barrera Parra se la estaba inventando porque sentía que aquí estaba la posibilidad de mirarle la cara por segunda vez a la felicidad.

Esa noche caminaba por Junín al lado de Inés, su segunda esposa, y Carmenza, una de sus hijas. Llevaba los zapatos bruñidos como para enfatizar los pasos de periodista seguro, la hopalanda negra protegiéndole el talle esmirriado, el chambergo requintado y abajo la quijada larga, la sonrisa justa y en la mirada de niño grande la férrea voluntad de enfrentarse con todo; incluso con la muerte misma si tocaba. Los tres llegaron hasta la

marquesina en donde se anunciaba el estreno de "Bolero", en la taquilla del teatro compraron boletos para platea y entraron.

Era finales de enero de 1935. Jaime Barrera estaba en Antioquia desde hacía por lo menos un año. Después de haber desempacado sus bártulos de escritor maduro, su voraz "Remington", su velador, sus cigarros Puyana y mucho papel, quería entregarse a la tarea de redescubrir estas tierras.

DE NIÑO

Atrás, en la memoria, se le había quedado el parquesito de San Gil con los viejos del pueblo sentados en los escaños pintados de blanco esperando la muerte a la sombra de los árboles. Y también, la casa esquinera espaciosa rematada en aleros, la puerta de madera pesada y alta y la pared encalada y con largos frisos en la que todavía debe estar encrustada la placa de mármol en donde dice que un 21 de octubre de 1890 nació en esa casa Jaime Barrera Parra.

San Gil era en ese tiempo una villa con veredas y vergeles metido en la cordillera. Era una Calle Real empedrada y angosta con los muros de las casas a un lado, llenos de dibujos en tirabuzones que hacían pensar que era una misma casa que recorría toda la calle. Era también una Plaza Mayor en cuyo centro se levantaba la Catedral con sus techos en pico, sus campanarios altos, la puerta labrada del pórtico con sus herrumbrosos aldabones. Y alrededor de ella, las casas todas iguales, con camarinos y balaustradas, dando la sensación de que el tiempo allí no transcurría y que sólo el trino de los pájaros escondidos en los dos o tres árboles del parque sacaban a los parroquianos de ese inevitable sopor de postal.

Pero más allá de ese ambiente de atrancada modorra, San Gil representó para la niñez de Jaime el mejor arequipe del mundo hecho por Mercedes Parra Lizarralde, la tía fina y dulce, coleccionista de revistas empastadas y traductora del francés, quien le enseñó a mirar el mundo de otra manera. La tía Mercedes tenía una casa de puertas y ventanas anchas con paredes llenas de cuadros de santos y vírgenes. No más entrar era perderse en la sensualidad del olor a incienso y perfumes monásticos que contentaban la nariz. Era como escindirse del mundo de aldea y asomarse a otro que no existía más que en las fotos de las revistas de pastas duras y en los olores traídos de lugares lejanos.

Después, en 1903, vino Bucaramanga y sus "casas blanqueadas con cal, tropas malolientes, calor sofocante, mujeres temerosas, ventanas cerradas, niños desarrapados y por sobre toda esa miseria, el cielo maravilloso, el campo abierto con sus cigarras eternas y la Sierra de Palonegro, a veces muy lejana, a veces muy próxima en la transparente azul tropical". Y los días de colegio en el San Pedro Claver, las lecciones fogosas de literatura con el Padre Puentes y los primeros versos. De ese tiempo, el propio Jaime Barrera Parra Recuerda en una de sus cartas "una casa clara con patios floridos llenos de blancas cornetas y de Hermanas, los tableros negros con las consabidas leyendas: "Ama a Dios sobre todas las cosas; sé bueno y vivirás alegremente".

Por los muros y pasillos del San Pedro Claver el niño pálido, algo esmirriado pero muy despierto a la vida, vio desfilar la miseria política de una revolución fracasada. Tal vez algún día sus ojos de pupila precisa grabaron en la memoria el

horror de la pirámide honorífica levantada con los cráneos de los fieros combatientes de Palonegro en la guerra de los Mil Días. O quizás se preguntó por ese buen hijo de Santander que caminando los campos de batalla fue recogiendo uno a uno los cráneos de los muchos inocentes que se murieron por andar a la saga de los soldados rojos de Rafael Uribe Uribe o detrás de los escuadrones de Próspero Pinzón y Henrique Arboleda.

Pero a pesar de esa algaraza de vencedores y vencidos inútiles, Barrera Parra prefirió escuchar la voz de Verlaine y Mallarmé. Después de las muchas oraciones repetidas con fervor para conciliar la paz del sueño, vinieron las noches de luna, las sombras de los cipreses tendidas con masedumbre sobre las calles empedradas, la salida de misa de domingo en el templo parroquial de San Laureano para ver a las mujeres con el rebozo y las alpargatas, acompañadas de los hombres y los niños con los sombreros de Jipijapa bien calados, las calles tranquilas iluminadas por la luz de los postes eléctricos, las casas con los techos volados y los alares, fieles réplicas de las casonas de estilo español. Todas esas fueron imágenes románticas que se le fueron quedando en la memoria y que, unidas a ese "chancro sentimental" en ciernes o a esa melancolía infinita que roía todas las cosas, forjaron el alma y la visión de un hombre que se iba a pasar la vida reinventando lugares o, como lo diría el mismo años después, fritando en un brasero que se compró en Europa y que nunca se apagó los objetos más heteróclitos.

DE VIAJE

Pero de largo no podía pasar la posibilidad de constatar con ojos propios todo lo visto en esas viejas

revistas empastadas de la tía Mercedes. Para ampliar el panorama sobre la industria del jabón —que fue vocación familiar— a los 16 años Jaime fue enviado por su padre, un hombre que parecía vestido siempre de negro, a recorrer las calles de Barcelona, Londres y París.

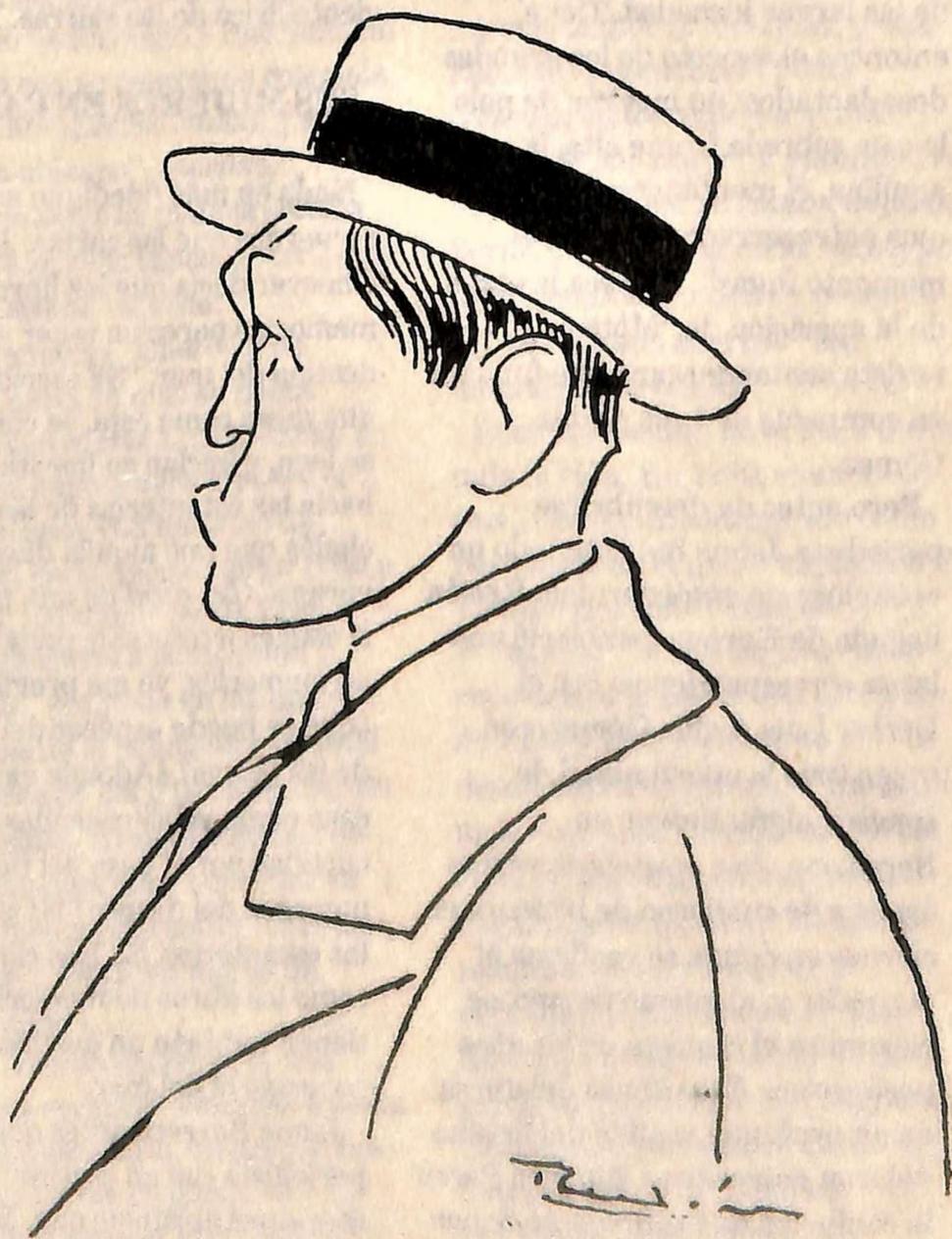
Jaime no fue un abúlico de impresiones. Se sirvió del aprendizaje de las técnicas de producción del jabón para dar rienda suelta a su vocación artística herencia de sus tatarabuelos de Mogotes; “de aquellos que también supieron darle a la manufactura de la guayaba una vocación artística”. De su tatarabuelo, Don Eusebio Barrera, Jaime recordaba a un hombre fornido que tenía un alma de niño, creyó como nadie en Dios, en sus quince hijos y en la devoción de sus trisagios y rosarios rezados a voz en cuello. Después de amansar potros y cazar osos en las sierras de San Ignacio, Don Eusebio bajaba hasta Mogotes y se sentaba en el estanco del pueblo a bendecir con impertinencias disimuladas a tanta linda campesina que pasaba por ahí. Cuando murió, dejó un tiple y una ruana. “Cien años después —escribía el propio Jaime Barrera— su tataranieta paseaba por el Boulevard des Italiens la nostalgia de encontrarse lejos de María Luisa, y un escepticismo burlón que le venía de la sangre fina de doña Patrocinio Lizarralde de parra, su abuela materna”.

En ese periplo por la Europa de entonces, Barrera Parra se embriaga con la literatura en boga. Se corrompe gustoso con Zola en busca del liberalismo que sacudía ya su anacrónico criterio; disfruta de la escuela natural y romántica —que él pensaba casi perfecta— de Flaubert, y de la ironía más sutil que le sugieren los cuentos de Guy de Maupassant. Comienza a depurar sus lecturas y a consolidar

su temperamento de figón empedernido: lee a Baroja y a Azorín y se entusiasma con la crítica francesa: con Emile Faguet a quien consideraba “seco y descarnado como un bisturí, elegante de las ideas y penitente de la forma”, con René Doumic, “espíritu sereno, claro... ilustrado y gentleman”, con Ernest Charles, “bilioso latente... sabroso a ratos, odioso a otros, siempre intelectual y siempre impulsivo” y con el infaltable Anatole France, de quien decía era “el orgullo de la humanidad pensadora y artista, sonriendo en los labios sencillos y en los ojos de ardilla, y en las manos de caballero”. Parece claro a simple vista que al referirse a estos clásicos de la crítica francesa estuviera haciendo un retrato de lo que él mismo fuera a significar para el periodismo colombiano

años más tarde. Jaime Barrera Parra fue seco, descarnado, intelectual, gentleman, contradictorio, dandy, elegante y penitente como nadie de la forma a la hora de exponer una idea a través de la escritura. Y quizá halla asumido también lo mejor de Anatole France: la duda ante todo, y la desavenencia al “pedantismo de todas las afirmaciones y la ineficacia de todas las dudas”. Y Claro: la sonrisa en los labios sencillos.

Fue afortunado Barrera Parra al ponerse en contacto con la moda que significaba estar en Europa; gracias a ese viaje, la visión de las cosas le cambió el mundo porque, en serio, la imaginación convirtió las fórmulas químicas en juegos de alquimia. De sus vagabundeos intelectuales por la ciencia le quedó la propensión casi viciada de



darle nombres nuevos e inusuales a esa suerte de collage de ideas y elementos dispersos y desacompañados de que estaba hecha la sociedad contemporánea. Usos del lenguaje y metáforas que definieron a la postre su modo original de ser escritor e impregnaron toda su prosa de una evidente intención artística. Aprender las técnicas de preparación del jabón fue para Jaime lo que para sus tatarabuelos la manufactura de la guayaba en Mogotes.

DE VUELTA

Jaime regresó a estas breñas el 31 de diciembre de 1912 siendo un mozalbete de apenas veinte años con el temperamento bohemio acentuado y la facha de hombre ya hecho. "En ciertas arrugas prematuras se adivina el cansancio de las largas jornadas. Tiene entonces el aspecto de los grandes desadaptados: un mechón de pelo le caía sobre la frente alta, la nariz aquilina, el mentón vigoroso y los ojos entrecerrados otearon el momento fugaz". Fue esa la etapa de la aparición de "Motivos", revista santandereana que fundara en compañía de Luis Ardila Gómez.

Pero antes de descubrirse periodista Jaime fue ante todo un epistológrafo empedernido. Recién llegado de Europa estableció una larga correspondencia con el Doctor Luis Ardila Gómez, con quien tuvo la oportunidad de convivir algún tiempo en Barcelona. Ese epistolario es una especie de cuaderno de bitácora en ciernes en donde se reafirma el pensador y, al mismo tiempo, se vislumbra el cronista de los años posteriores. Esas líneas deladoras de un profundo sentido del lirismo dejaron entrever en Barrera Parra la confusión que representó haber vivido ese ambiente cosmopolita embebido de literatura que hizo

añicos su criterio de parroquia, para regresar al paisaje aldeano que devolvió a su vida el toque de plácida resignación tan necesario para un espíritu mortificado como el suyo. Después de haber estado dos años machacando prejuicios con el martillo de la idea leyendo a Anatole France, fue balsámico contemplar de nuevo el agua corriendo por la acequia, las crestas del humo en la chimeneas de las casas viejas, las misas y el sermón madrugado, el libro de romances rancio, el gato familiar, las palomas volando por las naves de la iglesia... "Bendita la aldea —escribía a su amigo Ardila Gómez— que apacigua los ímpetus revolucionarios, que hace de los muchachos paladines de la Buena Causa y de las doncellas hijas de María. Bendita la aldea cuyo cementerio no está turbado por el ruido de los tranvías, sino por el viento lírico de las sierras..."

SUS MUJERES EN CARTAS

Nada es más fidedigno a los recuerdos que las cartas. John Cheever decía que los libros de memorias parecían tener el mismo destino del mar. "Se escriben en una mesa como ésta, se corrigen, se leen, e inician su inevitable viaje hacia las estanterías de las casas y chalés que uno alquila durante el verano" (*La edad de oro*, p.427). Y si esto es irrefutable para los libros de memorias, yo me pregunto, ¿qué se puede esperar del destino de las cartas? ¿Adónde van a parar esas páginas borroneadas y curtidas por el paso del tiempo y el manoseo del desuso? Ni siquiera a las estanterías. Sí. Las cartas, como los libros de memorias, tienen también un destino parecido al del mar.

Jaime Barrera antes que periodista fue un escritor de literatura epistolar que, de seguro, no se detuvo a pensar en el destino que pudiera tener luego su

correspondencia. Escribió cartas haciendo una pesquisa minuciosa y consoladora de su alma sin ruborizarse; se mostró de cuerpo entero hasta los tuétanos sin ponerle brete a sus miserias, contradicciones y dudas.

El mismo se confesaba un adicto de la epístola, un "habituado", porque consideraba que era ese "un placer barato y delicioso..., un refugio risueño contra las vulgaridades del medio ambiente... Un sport para exponer teorías y tonterías, para charlar con *toupé*, muy lejos de los axiomas sociales."

Por eso sus cartas exultan muchas veces pasión. Si intentáramos definir aquí lo que fue Barrera Parra para el periodismo, tendríamos que parafrasear a Juan Manuel Roca cuando se refirió al epistolario de Friedrich Nietzsche: "Con esta correspondencia, podemos asistir a un punto de intersección entre la vida y la obra, el pensar y el vivir de uno de los más grandes periodistas del siglo, pues todos los goznes de su creación están hechos de la misma materia apasionada".

No es difícil imaginar que los avatares superados en el momento de la creación epistolar fueran los mismos que para sus escritos de periodismo. Debía tener bien claro Barrera Parra que escribir es una pelea perdida de antemano con las palabras en la cual no vale claudicar. De ahí que su correspondencia pueda entenderse, de alguna manera, como la escuela y los palotes que sirvieron de cimiento para lo que venía luego: el fragor del periodismo con su guadaña del estilo, el fárrago, el estereotipo y el tic.

Tampoco es extraño que los mismos paisajes, temas e ideas aparezcan retratados tanto en sus crónicas como en sus cartas. Lo que las diferencia es el formato y la técnica para el caso de las primeras, y un poco el grado de

intimismo, desvergüenza y desparpajo que se huele en las segundas.

Lo que si no deja de ser enigmático es que su ideario de mujer tenga su reducto exclusivamente en las cartas, más no en las crónicas. Son pocas las referencias que hace de ella en su compendio de escritos periodísticos. Tal vez por esa medida de intimismo y desenfado que le ofreciera la epístola. Lo cierto es que la única posibilidad de conocer a sus mujeres es figoneando su correspondencia; la que estableciera con amigos y con ellas mismas.

Es fácil imaginar el ambiente en el que Jaime se refugiaba para escribir sus cartas. Tomás Eloy Martínez pensaba, cuando escribía su novela "Santa Evita", que la única desgracia del lenguaje escrito era su imposibilidad de resucitar la realidad. Tiempo después habría de darse cuenta que "la realidad no resucita: nace de otro modo, se transfigura, se reinventa a sí misma en las novelas" (*Santa Evita*, p. 85.) Darnos a la tarea de imaginar esos ambientes es un poco intentar que la realidad se transfigure, se reinvente; nazca de otro modo.

La noche se le entraba sin darse cuenta por la ventana de la oficina. Afuera, la lluvia pegaba monótona contra las lozas y los adoquines. El humo del café se confundía con el del "puyana", y era como si la humareda aumentara en la habitación el ambiente de intimidad y sigilo que requería siempre el acto de escribir una carta. Las últimas palabras se leían nítidas a pesar de lo tenue de la luz: "Mi novia sabe desparramar su alegría como un arroyo sobre todas las cosas. Ella me transforma, me hace niño, me llena el espíritu de una música nueva." Entonces se cruzaba de brazos y sonreía allí solo, mientras recordaba el rostro de su novia

María Luisa fresco y espontáneo. Y cerraba los ojos para imaginar que una mano blanca le acariciaba la cabeza como si necesitara algo de consuelo. Los abría y miraba las teclas de su Remington manchadas por el uso. Y continuaba: "En esta época de remilgues y de afeites, en que las mujeres no espirituales se convierten en horribles mamarrachos, queriendo suplir el espíritu con la abundancia de anécdotas y chascarrillos, ella me resulta deliciosa por lo fresca, por lo natural, por lo espontánea".

María Luisa era distinta porque él se la había inventado. No pertenecía al clan de las otras que se le antojaban "llanamente vacas. Incapaces de conversar sobre otra cosa que no sea la disentería o la langosta o la mala calidad de las sirvientas. O las modas. O el folletín. Mi novia es una mujer a quien yo he formado y que llena mi espíritu con su alegría de colegiala, con su inteligencia feminil y su corazón aldeano", escribía.

Otra noche, una pianola sonaba cerca de su casa tapiada. Arriba de la hoja estaba la fecha: "Bucaramanga. Enero 26 de 1918". Hacía 16 días se había casado con María Luisa. Vivían en una casa cuyo mayor lujo era el patio interior con macetas de claveles. Se lo quería contar todo a su amigo Manuel García Prada; entonces volvía a la máquina y escribía: "ese patio en las dulces mañanas de la primavera tropical reverbera de luz y tiene chillar de golondrinas. El cielo inmenso de Bucaramanga hace encender su gracia inclemente sobre los rojos ladrillos y sobre las matas de espárragos".

Pero además del patio, la casa tenía una vecindad adorable. Estaba junto al Centenario, un parque con bancos y fuente en donde se sentaban a esperar el crepúsculo que se tornaba eterno sobre el cielo. Veían pasar a las señoritas yendo al

tenis con la raqueta en mano y el novio a rastras, al dependiente de comercio que salía a atrapar su oxígeno después de haber despachado el correo de la Costa, el padre de familia que sacaba a su prole a triscar sobre la grama verde.

Al regresar del parque, sentado en su mesa de escribir cartas y tirando lejos la mirada por la ventana como queriendo eternizar el crepúsculo que amenazaba con irse, recordó que alguna vez había escrito a algún amigo que, de seguro, "iba a ser feliz al lado de esa mujer que tenía unos ojos que purificaban su espíritu, que tenía alegría de pájaro y un alma templada por la miseria." Y recordaba esas "manos nobles que supieron poner sobre su cabeza revuelta por la vida y por el esplín un consuelo infinito"; y otra vez los ojos pícaros y límpidos que al mirarlo le dieron fortaleza; y una risa que al escucharla ponía frescura de torrente en lo más íntimo de sus fibras. Y entonces, se daba cuenta que se estaba dejando llevar, como tantas otras veces, por un romanticismo cursi y pensaba esbozando una sonrisa: "soy incurable, pero feliz".

Pero la felicidad no le iba a durar toda la vida. En 1930, cuando recién se había consagrado como periodista en el diario capitalino *El Tiempo* con sus "Notas de Week-end", murió en Bogotá su esposa María Luisa. En el trienio de 1930 a 1933 a Jaime se le desencuadró la vida. Y quizá, el ambiente para escribir las cartas cambió: sobre un escritorio de nogal una lámpara iluminaba la máquina de escribir. Por la ventana subía el rumor de los carros y el taconeo decidido de la gente corriéndole al frío bogotano. Cerca, algo parecido al zureo de una paloma, le arrullaba la melancolía. Las campanas repicaban por sobre los olmos y los cipreses. Repasó la carta y leyó:

"No he dejado de quererte ni de pensarte". Era una carta para Inés Greiffenstein. La fecha rezaba: Bogotá, agosto 10 de 1933. Rápido, volvió los ojos al párrafo que venía leyendo: "...no he hecho otra cosa que sufrir y presenciar la disgregación inevitable de mi poema. Cuando quise revivir me encontré con Belén. Más me hubiera valido encontrarme con una fiera. Esa mujer me desmoralizó, me humilló y me invalidó para la alegría. A veces, como en defensa mecánica, enciendo luces de bengala, como los niños, para iluminar el pavor nocturno". Miró su cuarto envuelto en la penumbra, sintió frío y tecleó con resolución la máquina: "No dejes nunca de escribir, hermanita mía.....". Y firmó: Jaime.

Tal vez en una noche parecida, un mes después Jaime se sentó frente a la máquina de escribir, puso papel en el rodillo y escribió de un tirón una carta a Inés Greiffenstein en la que quizá buscaba exorcizar al fantasma de Belén; esa mujer inquietante que le acabó de amordazar la alegría:

Bogotá, Septiembre 8 de 1933

Queridita:

Tengo que pedirte otra vez perdón. Mi silencio contigo es una obra maestra de estupidez. ¿Cómo es posible que adorando como adoro tus cartas y adorándote a ti como a la más adorable de las hermanas, deje pasar los días metidos entre los socavones de mi silencio?

¡Ay! Tú no sabes lo que he sufrido. Te envíé unas letras escritas hace una semana. Ellas te dirán cómo estoy de enfermo. No te las había enviado porque las encontraba idiotas. La verdad es esta: yo síquicamente estoy hecho un andrajo...

Pero uno no dispone de su suerte jamás. Yo he adorado a esa mujer sin medida. Para aniquilar ese amor yo he hecho las cosas más absurdas: me he emborrachado con trabajo y con whisky; he ido dos veces al sanatorio; una noche me quise tirar del Salto. Y los días, que hicieron amarillear mis cartas en el fondo de la caja de cedro donde B. las guarda, los días que pusieron hebras de nieve en mi cabeza, no lograron reducir ese amor, en el cual he puesto yo todo mi orgullo de hombre y mi avidez de Sardanápalo. ¿Por qué la quiero? No lo sé. El amor es un "sí, porque sí", como el desamor es un "no, porque no".

Yo la adoro con una pasión salvaje y refinada. Yo he cogido ese amor y lo he azotado con el látigo de la reflexión, en la lentitud inmisericorde de las semanas innominadas. He tirado sobre él cabos de cigarrillo, sorbos de cerveza, carcajadas de restaurante. Pero después de todas esas proezas, yo regresaba a mi cuarto, ese yerto cuarto de hotel cuyos muros me trasquilan como una tijera de valonar ovejas. En ese ambiente de soledad, ya uno no se puede engañar con falacias. Sobre el pequeño paisaje de los muebles y de los libros, los ojos de B., verdes como la menta de Marie Brizard, inundaban de luz la estancia.

Volveré a verla. La casa es una vieja morada señorial que fue del Marqués de San Jorge. Naufraga entre un mar de trigo cuyas espigas mece el viento. El cerro de Suba viene a lamer sus plantas. La luz aceitosa y azul, trisca sobre el óleo de la sabana. Como en los cromos alemanes, hay caminitos amarillos, hay "puertas de golpe" que al cerrarse nos dan una sensación de niñez y de cosa ida. Cuando alguien llega a la casa, cien palmas se asustan y se echan a volar sobre los tejados decrepitos.

Ladra un perro servil. Sale el mayordomo.

El jardín es precioso y pródigo. Detrás de sus tapias, se balancean los eucaliptos, esos eucaliptos que han pintado Zamora, Borrero y Gómez Campuzano. Subo las escaleras y llego al vestíbulo. Ahí está la pequeña biblioteca de B. Entre aquel libro de Henry Ardel una vez le dejé una carta. Hay una victrola cuyos discos yo escuché en lejanas tardes melancólicas. Más allá está la sala, cómoda, espaciosa, amoblada con comodidad y con gusto. Hay un piano negro que pontifica. En los muros cuelgan retratos. Y en el extremo de un corredor interminable, tapizadas con estera de esparto, está el comedorcito que yo quise tanto. Es amable ver humear las tazas de té dentro de esa pajarera de vidrio que recoge toda la mística de los campos.

Volveré a esa casa, de la cual yo salí enloquecido de dolor tantas tardes. Si una vez —una espantosa tarde de Lunes Santo— yo me hice una resolución heroica de no volver, fue porque dentro de mí sentí que paseaba el asesino. Yo hubiera podido matar a B., porque, como el poema de Wilde, "uno mata lo que más ama".

Yet each man kills the thing he loves.

Dieciocho meses han transcurrido desde esa tarde. Yo me vine estupidizado por el dolor. Llegué a mi camarote, cerré la puerta, apagué la luz, me tiré sobre un viejo sillón de moqueta, me eché a llorar como un niño. Encendí la luz, abrí la puerta, salí a la calle, me fui a la pensión, me eché un revólver al bolsillo, me entré a un tugurio, donde yo había dialogado con Ricardo Rendón en noches remotas. No sé a qué hora salí de allí. Dejé de ir a "El Tiempo" cuatro días. Me fui a pasar la Semana Santa a Chía.

Escuché los sermones,
no perdí función
religiosa, pero me iba a
ver a P...

Regresé a Bogotá el
domingo de Pascua.
Estaba visiblemente
envejecido. Sobre mi
cabeza acalorada, como
una plumita de luz, pasó
el recuerdo de mis hijos.
"Ahora, me dije, es
necesario amarrarse los
pantalones". Me los he
amarrado tanto que
parecen de mármol.

* * *

Está visiblemente
marchita, pero aún es
bella y aún conserva esa
voz de niña que es como
un canto y esas manos
blancas cuya piel
relampaguea a todas
horas. Y esos ojos verdes
donde se combinan la
dulzura de las uvas
tempranas y la gracia de
la pantera. Y ese cuerpo
de diosa fría laborado
como un jarrón de carne
por cuatro generaciones
de superhombres en las
hondonadas de Barichada, en las
montañas de Santander, donde la
raza es brava y casta.

Como Greta Garbo, B. es una flor
del polo. Yo siempre he tenido una
irresistible atracción por la mujer
fría. Detesto a esas mujercitas
melosas que besuquean al marido
en los buques del río Magdalena y
lo llaman "mijito" para pedirle que
les traigan el bicarbonato.

Regreso la casa de B... en un
excelente estado del alma. Voy
como un artista a ver un paisaje.
Mediré mis palabras y mis gestos.
No me entregaré tan a las buenas.
No sé, por lo demás, qué voy a
encontrar. Se me ocurre que la
vida va a sonreírme. No es natural
que se me invite a una casa para



hacerme mártir, tanto más cuanto
que B... sabe cuánto he sufrido.

Si es necesario, yo me disfrazaré
de amigo suyo, de amigo de ella.
Iremos a los potreros amarillos y
verdes, como en las épocas
pasadas; nos sentaremos al borde
de la laguna. Llevaré una Kodak,
tomaré retratos, jugaremos al
tute. Leeremos versos franceses.

La haré tocar el piano.
Beberemos té conversando
niñadas. Me miraré en los ojos
verdes. Le escribiré, le escribiré
mucho. Y si es necesario estarme
diez años así, emboscado, sofocado
mi amor, tendré el coraje de
intentarlo.

A pesar de que en esta aventura
me puedo jugar la propia vida, no
estoy nervioso. Me siento dueño de

mis nervios. Mañana a
estas horas, si Dios
quiere, yo estaré al lado
de B..., al lado de mi
amor, al lado de mi
panterita divina.

Ya lo ves: estoy
viviendo mi novela.

Te adoro
fraternalmente,

Jaime.

No fue tortuoso
escribir esas líneas. El
tecleo incesante de la
máquina embozó los
demás ruidos. Acodado
en la mesa para escribir
cartas, Jaime escondió el
rostro en la cuenca de las
manos, y en esa
oscuridad provocada, los
rostros de Belén e Inés
se confundieron. Bajó
con lentitud las manos
hasta la quijada. La
barba de muchos días le
raspó las palmas de las
manos. Apoyó la cabeza
en ellas, cerró los ojos y
se alegró de que en esa

nueva oscuridad, sólo
permaneciera el rostro de Inés. Y
entonces pensó: "No hay manera
de resistir al destino".

Cansado de anesthesiarse con
trabajo y con horas en Bogotá; de
suicidarse con minutos y segundos;
de "vapulear su neurastenia" en la
casa de unas muchachas
santareanas en donde, de nuevo,
trató de jugar al arquitecto
construyendo su propio barrio en
el espíritu de una de esas mujeres,
yendo con ella a los salones de
baile a tomar el té y a practicar el
cinematógrafo, viajó a Medellín
buscando un tónico y se encontró
con un paisaje descomplicado y con
Inés Greiffenstein. Entonces,
dejó de resistirse al destino y

comenzó a escribirle páginas y cartas de un lirismo justo, muy parecido, tal vez, al que sintiera José Mármol por Amalia o Jorge Isaacs por María o Juan Valera por Pepita Jiménez. Gracias a ella y al paisaje antioqueño, Jaime se reconcilió con la vida; encontró un "mecanismo de animación tan esdrújulo, que frente a él no había Leopardis ni Werthers que no se rindieran".

De Inés escuchó hablar por primera vez en las orillas del Río Lebrija, en un campamento de Chuspas, cuando la mística del santandereano se paseaba por el ferrocarril de Puerto Wilches. Estaba sentado en un cuartucho de tablas que olían a petróleo y rezumaban humedad al lado de Juan de Dios Higueta, un ingeniero antioqueño hijo de la Escuela de Minas de Medellín. En medio de taladros y una copa tímida de "Johnny Walker", Juan de Dios le dijo en un tono que más parecía una advertencia:

—Si tu conocieras a Inés Greiffenstein...

Como tantas otras veces, a Jaime se le voló la imaginación y vio a una alemana caballuna de ojos verdes. Entonces Juan de Dios le sirvió otra copa y le corrigió el exabrupto:

—No seas animal, Inesita es una antioqueña.

Entonces junto al balcón del hotel Europa, Jaime volvió a armarse de papel y de su "Remington" y comenzó a escribir sobre antioquia. Y entre crónicas y apuntes de viajero, se le fue metiendo la figura de Inés. Y también, de alguna manera, la fue "redescubriendo":

"...supe que tú eras la fragancia de la Escuela de Minas de

Medellín, la alegría de los ingenieros. Pero nunca pude imaginar ni tu dulzura ni tu risa.

Tú eres la simplificación de todas las cosas. Eres, como la luz, la maravilla de los espacios. Viéndote, escuchándote, se comprende la inutilidad de los rascacielos, de las pirámides de Egipto, de la Enciclopedia Británica, de todas esas obras macizas que los hombres le han enfrentado al cielo.

Tú eres la paz, eres la simplificación de lo superfluo y de lo enfático, de lo cruel, de lo torpe, de lo ridículo. Tú pacificarías a Santander en una semana con la sola presencia de tus manos, de tu sonrisa."

Por el énfasis que había puesto en las frases, el repiqueteo de la máquina se le quedó un rato en el oído. Paseó la mirada lejos y vio la montaña azul y las casitas que parecían colgadas. El gorjeo de un pájaro le sacó el sonido metálico de las teclas de la máquina, volvió la mirada a la hoja y escribió más:

"La vida sin ti no vale un pepino. Yo había perdido el tiempo en escribir cosas. Había aprendido jabonería en Barcelona, había hecho mi curso de patética en Santander, había tomado a lo serio el tifo. Hoy comprendo la insensatez fundamental de esas pericias, de tanto esfuerzo despilfarrado. En medio de todo eres disolvente porque eres una cátedra de humorismo, no ese que hemos aprendido los literatos, no ese que jadeamos en los clubes y en los salones, sino el humorismo intrascendente del universo.

Tú eres la fe, eres la afirmación y eres la disciplina. Eres la piedad del ruiñeñor y de la fuente, de la barcarola y de la romanza. ¿Para qué correr tras las posiciones y las

glorias, tras el placer y la política? Tu me has enseñado a tirarles bodeques de pan a los sabios y a los filósofos, a la torre Eiffel y a todos los funiculares del mundo.

Tú eres la gracia y la castidad de la vida..."

Dos meses después Jaime estaba de vuelta en la Bogotá de los salones de té. Ya había escrito la mayoría de las crónicas de "Panorama Antioqueño". Hacía frío, y las calles desiertas parecían abrigadas por las sombras de los viejos olmos. Lejos, un piano se quejaba. Comenzada en la máquina de escribir, había una carta para Inés. "Bogotá, Mayo 31 de 1934", se leía arriba. Dio una mirada rápida a las líneas que ya había escrito y le parecieron deliciosamente cursis. Recordaba en esa carta a su abuelo Eusebio Barrera y relataba algunos episodios de su época en Barcelona. Pero quería decir más; pensó en esa facilidad enorme que tenía Inés de ser feliz y de ponerlo contento sin proponérselo, dejó escapar una sonrisa de la cara y escribió:

"En la vida del hombre confluyen mil escalerillas invisibles. Por ellas descenden el amor, la tragedia y la muerte. Por una de esas escaleras, tendidas sobre mí, yo siento los pasos de una mujer, que ha de ser la obra maestra de mi pasión y el combustible decoroso de mis cuarenta años.

Llegará en una mañana de vidrio y de nácar. Me pondrá las manos tibias sobre los hombros. En esas manos yo sentiré el mensaje de Dios. Y será grato entonces abrir la gran ventana de la ilusión sobre el paisaje, sonoro de gritos y de cantos.

Yo estoy preparado para la vida del hogar y no concibo nada igual a su ambiente santo. Hice mi bohemia, como la hacemos todos los hombres. Lo mejor es hacerla

temprano para no hacerla cuando ella nos cubre de ridículo...

Te lo había dicho: yo detesto la vida de ciertos salones equívocos y elegantes. La que ha de ser mi mujer vivirá conmigo, tendrá mis amistades y el amor profundo de un hombre sano como yo, que todo lo tolera menos las ambigüedades en el seno de la familia.

Releo esta carta y me da la impresión de que me he confesado ante ti. Es una prueba del cariño ílmite que te tengo. Bendigo la hora en que el destino me deparó tu hermandad, alegre y bella como el sol que dora los campos.

Todo depende de ti. Tú me dominas como una cordillera moral. En su repecho yo veo titilar luces amarillas y luces azules y luces verdes, como esas luces que vemos parpadear en la lejanía violeta de las montañas.

Te quiere tanto,

Jaime

Al poco tiempo Jaime regresó para ver de cerca el violeta de las montañas antioqueñas. Se casó con Inés el 28 de diciembre de 1934. Y como si estuviera escrito desde antes, resultó verdad aquello de que "en la vida del hombre confluyen mil escalerillas invisibles". Sin resistirse al destino, Jaime presintió que por las suyas descenderían el amor, la tragedia y la muerte. En ese orden.

DE LA EPISTOLA A LA CRONICA

Hasta 1934 se extiende la correspondencia de Barrera Parra. Se pasó media vida escribiendo cartas. Su obsesión epistolar es el testimonio vuelto

crónica del tedio que le producía la vida semi-urbana de las ciudades de entonces, junto a los intentos fallidos por encontrar la traza de una mala vocación heredada de su padre: ser negociante de jabones, con la figura de Anatole France carcomiéndole la cabeza. Las cartas fueron la evidencia de su constante necesidad de evadirse. Ellas lo fueron acercando al buen vicio de escribir, y para fortuna del diarismo, de tanto hacerlo fue descubriéndose periodista en la Nación de Barranquilla primero y en El Tiempo de Bogotá con sus rotundas "Notas de Week-end". Su grandilocuencia parnasiana, su filología y penitencia de la forma le mereció ser director del suplemento literario Lecturas Dominicales y candidato a ocupar escaño en la Real Academia Española, aunque sintiera muy a tiempo que no tenía nalga para cosa tan inútil.

En febrero de 1934 llega a Medellín para buscar en ese anfiteatro, como lo haría el efebo Oscar Wilde, "la tragedia de volver a alcanzar lo que se desea". Se le ve entonces caminar esas calles republicanas, cambiado el embozo de la capa romántica por el gabán moderno bien puesto, acarreando, como en sus "Notas de Week-end", un surtido de imágenes y metiéndole diente de ratón a este "gran descomplicadero", como él mismo la llamara, para escribir una serie de crónicas que fueron recogidas más tarde en su libro "Panorama Antioqueño". En diciembre de ese mismo prepara hártulos para viajar a Génova, Italia, como Cónsul General de Colombia. Y exactamente un mes después, el 28 de enero de 1935, lo coge desprevenido la muerte.

UN CORRESPONSAL IMAGINARIO

"Jaime Barrera Parra ha muerto de muerte natural —escribía Lino

Gil Jaramillo en 1938—. Metido con su persona y con su estilo dentro de la civilización contemporánea, trepidante e inflexible como una motocicleta. Jaime no podía morir de égloga como cualquier pastor provenzal. Lo ha triturado la técnica bajo las especies de un teatro mal construido de la misma manera como ha podido hacerlo en el vértigo de una locomotora sin freno, en la carrera borracha de un automóvil nocturno o en el síncope de un avión"

El teatro Alcázar era considerado uno de los más bonitos y modernos de la ciudad. Estaba situado en la carrera Junín, entre Maracaibo y la Avenida Primero de Mayo, frente al Club Unión. Había sido construido por los arquitectos Martín Rodríguez y Gerardo Posada González con lunetas en cuero, platea, galería espaciosa y balcón. Precisamente en ese sitio se realizaron las pruebas de resistencia pertinentes antes de la entrega a sus dueños Jesús y Eduardo Londoño, sin importar a nadie el precedente de que hacía poco tiempo que a los arquitectos Rodríguez y González se les vino abajo el artesonado sin terminar del teatro "Paolo", en el que murieron varios obreros.

Cerca de 140 personas habían ingresado al teatro esa noche: 90 en luneta y 50 en galería. No se llegaba todavía al primer intermedio de la película cuando un ruido parecido a un trueno comenzó a llenar la sala. "No le dimos demasiada importancia —dijo uno de los sobrevivientes— pensamos que se trataba de algún daño en los parlantes. Vi que unos pocos salieron al foyer a averiguar qué sucedía. Después, de los ventiladores del cielo raso, comenzó a salir una nube de polvo y luego fue escuchar una barahúnda inclasificable: lamentos, chirridos, carreras...todo mezclado"

Tal vez Jaime Barrera Parra estuviera en platea. O tal vez, fue que, por una suerte de inspiración—exótica mezcla de su talante romántico y moderno a la vez— quiso tentar por segunda oportunidad al destino y, al percatarse de que no llevaba el sombrero, su temple de hombre santandereano lo haya obligado a devolverse por él. Quizá fue que el susto no lo dejó recoger suficientes impresiones y regresó, como buen testigo de guerra, al polvorín de la platea a saturarse de ellas para luego volcarlas sobre el papel con la rapidez que le permitiera su moderna "Remington"; ese "laboratorio de ácidos decisivos". Pero, sujetos a la evidencia de los hechos, sobre eso sólo puede haber conjeturas. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que su esposa Inés y su hija Carmenza, sentadas a su lado, hayan salido del mismo insuceso con apenas unos cuantos pocos rasguños? Pero la verdad es que el terco Jaime fue rescatado aún con vida de los escombros y llevado a policlínica en donde murió pocas horas después, atendido infructuosamente por los galenos Arango Ferrer, Correa Henao y Restrepo Moreno.

A las doce y veinte de la noche, destacamentos de la policía y del ejército acordonaron la zona y la gente que estaba aglomerada desde el puente de Junín hasta el parque de Bolívar comenzó poco a poco a despejarla. A las dos de la madrugada sólo se veían las ruinas de la platea formando un promontorio de seis metros de altura. Y quizá, dentro de él, haya quedado triturado un sombrero.

PERIODISMO Y LITERATURA

A pesar de que es casi nada lo que se ha dicho sobre la obra de Barrera Parra, las poquísimas referencias que se hacen de ella lo ubican dentro de aquellos

escritores de principios de siglo que vieron en los periódicos el vehículo propicio para franquear el seto vivo que ponía linderos de antagonismo a la literatura y al periodismo.

El propio Barrera Parra se declaraba partidario de varias de las figuras del diarismo francés de la época, que sostenían que la literatura y el periodismo no se contraponían en lo básico, pero que eran artes diametralmente "distintas". Que el problema era encontrar la dosificación exacta de la literatura que le permitiera al periodismo ser ameno, grácil; en una palabra, distinto al que se venía haciendo. "Un literato a sobredosis—escribía en una de sus notas— hará un diarista desastroso. La mala literatura y la mucha literatura son igualmente indeseables para un periódico. Pero es claro que en el fondo de la cuestión un hombre de letras y un redactor son los mejores aliados." Y afirmaba que la diferencia entre un escritor y un periodista era el "tiempo" que se tomaba cada uno para escoger sus ritmos, sus puntos de vista y hasta sus implementos de trabajo. Mientras el primero podía tornarse eterno borroneando cuartillas y hasta revivir el ambiente romántico de la luz macilenta del quinqué o las plumas cervantinas de ganso gigantes—y no por eso dejaba de ser escritor—, el segundo tenía que habituarse a la exigencia de una "retórica rápida, viva y presta" saltando directamente a la "Underwood" o a los linotipos a fuerza de correr el riesgo de dejar de ser periodista. Como en Azorín, en Barrera Parra se compendia la figura del catedrático fiel a la literatura y al periodismo.

SUS INFLUENCIAS

Todos esos escritores de principios de siglo, que podríamos llamar de literatura periodística o

de periodismo literario según se prefiera, leyeron mucha crítica francesa—en boga en aquella época—y fueron a la vez inmoladores de los estilos con serios aires cervantinos y acentos castellanos como los de Ramón Gómez de la Serna, José Martínez Ruíz—Azorín—, Pío Baroja, Julio Camba, Ortega y Gasset y el mismo Leopoldo Alas—Clarín—.

Armando Solano, periodista que hizo escuela y dúo en la década de los veinte con Luis Tejada en El Espectador con una columna llamada "Glosario Sencillo", dijo del español Pío Baroja que era un escritor "ajeno a todo cenáculo, capilla o escuela. Un escritor arisco y solitario, de abrupta sensibilidad, rudo contendor de la literatura y la retórica, de ideas intolerante y enhiestas. Un inconforme, un eterno descontento, un revolucionario íntimo. Su estética, su filosofía, su política eran absolutamente personales... Pero su esquivéz no era despecho, ni su autonomía odio al género humano. Me parece al contrario, que nadie aprovechó la soledad enjugando tantas lágrimas como Baroja. Al igual que todos los hombres de dura corteza, en él había como el pudor de una ternura que se desborda. La obra de Baroja es agitadora, constructiva, de reivindicación humana y demoledora de los mitos absorbentes viejos y nuevos. Está escrita en lengua cáustica, seca, enérgica, mordiente..."

Años después, El Tiempo publicaría un hermoso comentario con aires de elegía escrito por Najera Castillo, en el que se trae a cuento esa visión que tuviera en su momento Armando Solano acerca de la obra y persona de Pío Baroja y en la que asegura que "tal era el vivo retrato de Jaime Barrera Parra... Un hombre enseñado a vivir solo, a pensar solo y a decir las cosas como las sentía". Y agrega que no era un "acaparador

de circunstancias. Escultor de frases, su prosa estaba llena de ese matiz conocido, agridulce, arisco y de vivacidad de colores, que el paisaje duro muestra con leves alineamientos de seriedad... Tonos sobre los cuales había que volar muy alto". Es seguro que Jaime heredara de la personalidad de Baroja ese "pudor de la ternura que se desborda" y de su obra la fina intención de mortificar con decencia sin un ápice de falsa erudición y la evidente tendencia a demoler mitos despellejando la realidad a mordiscos para luego volverla a construir.

Pero a la obra de Barrera Parra hay que sumarle un ingrediente que no fue preocupación en Baroja: el de la prosa cuidada con suma honestidad. Si el atributo de Baroja era su lengua "cáustica, seca, enérgica", sostenida sólo por la grandilocuencia de los hechos descritos con total maestría, lo del autor de las "Notas de Week-end" fue un híbrido balanceado con justeza entre lo sencillo de la circunstancia y la honradez de la forma. Y eso para el periodismo de la época era innovador y fundacional.

No obstante, de todas las influencias recibidas, no sólo por Jaime Barrera Parra sino también por la gran mayoría de los escritores y periodistas que andaban buscando las trazas novedosas para hacer un periodismo distinto, sería obligatorio traer a cuento el influjo que tuvo la escritura y el estilo de José Martínez Ruíz —Azorín— en todos ellos.

Valga decir que Azorín fue la cátedra de sobriedad que requerían nuestros columnistas de inicios de siglo para insuflar a nuestra crónica en ciernes de aires novedosos. Instituyó características tan importantes para el estilo como la brevedad, el color, la agudeza, el enfoque sorprendente sobre los temas más

anodinos y la relajada "enjundia" que era necesario ponerle a la mirada de la vida cotidiana.

Si tuviéramos que imaginar a Jaime Barrera Parra como lo hizo en su momento Alberto Lleras con Azorín, veríamos también a un "caballero de principios de siglo, pulido y fino", mostrándonos cómo se podía ser de otra manera, con una "elemental simplicidad y sin alardes de adjetivación"; muy al contrario de "los estilos clásicos disecados, convertidos en un flujo de palabras arcaicas y de construcciones obsoletas".

Además de esa "abulia esclavizadora de las cosas bellas y efímeras", legado de sus abuelos de Mogotes, Jaime Barrera heredó de Azorín la malicia ratoncillesca de ver en donde los otros apenas caminaban con el tiento en la mano. Y siempre "pulido y fino" como el propio Azorín, quiso rendirle culto al "chancro romántico" (como decía José Asunción Silva) no despojando del todo su escritura de una patológica propensión hacia lo bello. Y tuvo la consciencia preclara para saber diseccionar su realidad moderna armado solo de adjetivos bien medidos, de juicios adobados con la suficiente enjundia santandereana y de símiles y metáforas totalmente desacostumbradas.

Y si tuviéramos también que responder a la pregunta de "¿Quién lleva dentro a Azorín?" hecha por el filósofo y escritor español Julián Marías al cumplirse treinta años de la muerte del maestro, no muy alejados de la verdad, tendríamos que decir que a Barrera Parra le faltó un poco de vida y de páginas de periódico para llevarlo del todo. Que al igual que Azorín, se llevó en los ojos bien redondos, en la pupila precisa, la impresión "de paisajes, de calles, de tiendas de pequeños oficios, de conventos, fondas, álamos junto al río, gentes afanadas, viejos trenes, viejos libros".

Humilde y perseverante, escondido quizá en la "moratoria total de la noche", como el propio Jaime dijera de Ricardo Rendón, se ajustó sin saberlo a la máxima del maestro: "Vivir es ver volver". Y en ese "ver volver" fue comprendiendo, en un acto de lealtad con el periodismo y la literatura, que el espíritu y los personajes de su tiempo eran modernos, y que para describirlos había que desdeñar el anacronismo periodístico de la época y echar mano de otros recursos: la metáfora insólita —su mejor arma estilística—, el énfasis literario y, por sobre todo, la brevedad y lo sobrio (sin ramplonerías) de la frase escrita con algo de fundado primor y que, como badajazo bien propinado, quedara tintineando en el oído despierto del lector.

Aquí está el sentido fundacional que reclama desde el silencio y el olvido injustificado toda la obra de Jaime Barrera Parra: nadie como él supo estrechar los vínculos que separan al escritor culto del periodista ágil y breve; nadie se ajustó con mayor rigidez a la máxima de Miguel Delibes que reza: "es más fácil ser fiel a uno mismo, escribir como se es". Y Jaime fue un modernista de tacha culta que paseó con soberbia su mirada, su inherente anhelo de lentitud y su traza de romántico congelado por la cofia y la maraña del mundo cambiante y moderno que le correspondió en suerte vivir. "Fue el productor de una prosa tónica —dijo de él José Mejía Mejía— completamente desacostumbrada en estos medios cacofónicos. Su frase sorprendía por la audacia de sus matices y el trote rítmico del vocablo. Barrera Parra instituyó en este país el desenfreno de la metáfora. Ninguno como él supo servirse de ese instrumento ágil de pensamiento. La metáfora como caña de pescar, según la móvil expresión de José Ortega y

Gasset, fue la mejor arma de su estilo. Jaime Barrera produjo una literatura insólita y original; es hijo literario de Morand, de Conrad, Kipling y Melville. Fue, con modestia y sin desdén, un "escritor modernista dedicado al periodismo."

EL CRONISTA

Si tuviéramos que definir la fórmula que empleaba Jaime Barrera Parra para escribir sus "apuntes", tendríamos que apelar a su "Requisitoria de la línea recta". Escribía Lino Gil Jaramillo que Barrera Parra había muerto de muerte natural. Porque si lo natural era que Rendón acabara con su vida de un pistoletazo, lo lógico e irrefutable, para el caso de Jaime, era que el artesonado de un teatro mal construido pusiera fin a su vida. Porque quizá daba igual morir naturalmente de viejo acribillado por la neurosis de la vida contemporánea —que graficada según él tenía la apariencia de la línea recta— que apaleado por la techumbre de un teatro o al borde del infarto por el síncope de un avión.

"La línea recta engendra la velocidad, y la velocidad es el camino más corto entre el tedio y la muerte", escribía en esa requisitoria. No obstante nadie como él para graficar con palabras, rápidas pero ajustadas, al hombre y a las costumbres de su época. Fue consciente de que el estremecimiento y el andar lento —engendro de la línea curva— eran los mejores ingredientes para hacerle frente a los avatares de la vida moderna, y los usó sin miramientos a la hora de poner a freír los "objetos más heteróclitos" en el brasero que un día se compró en una tienda de París, cerca a una librería. Debía tener la pupila bien "redonda" porque supo captar con suficiente precisión las características de esa época cínica

de comienzos de siglo; esa que descubrió que lo imperecedero y absoluto no existe. Barrera Parra se amoldó a la velocidad de su tiempo y sus palabras saltaron de la "Remington" a la hoja en blanco sin la precaución y sin el mórbido sentimiento de angustia que agobió a los románticos la cuartilla limpia. Su estilo fue natural pero novedoso; profundo y sagaz como una caricatura de su amigo Rendón. De esa pupila precisa por lo redonda, salieron cortísimas pero tenaces cuartillas adobadas con algo de impresionismo. El propio Lino Gil Jaramillo decía que leyendo a Barrera Parra "nos ponemos ante un escritor visual cuyas páginas dan siempre una impresión de color y a veces de abigarramiento, como esos cuadros de ciertos pintores modernos que se rigen por la estética del desorden para poder producir obras originales..."

Y era necesario que así fuera, por lo que tuvo de descubridor de tierras y ciudades el autor de las Notas de Week-end. Era un paseador y un enamorado del paisaje. Un antropólogo de la cultura. Un coleccionista de visiones. Un contador de historias. Un mentor y mecenas, como lo sería tiempo después Hernando Téllez de libros y autores.

Igual tenía el semblante humilde para sentarse en la fonda a mirar a las muchachas como su abuelo de Mogotes o a dialogar con la gente sencilla acodado sobre el mostrador de las ventas, que la paciencia de periodista más firme para ver el desfile "de los más altos personajes, los que edifican la política, los que suministran trabajo a la caricatura". Entonces Jaime le daba rienda suelta a su "óptica ratoncillesca" y miraba a estos señores que, encerrados en una sala de redacción, a la media noche, "cuando el chiste picante abejonea sobre la tertulia y se ha olvidado ya la última sesión de la

cámara...", dejan de ser "su excelencia" para convertirse en "carne de tránsito", como cualquier mortal.

Necesitaba el "galope de la luz" para mirar con ardor, diafanidad y urgencia todo lo que había que volver a descubrir con las palabras. Andar paseando la mirada por cuanto camino, libro o personaje se le ofreciera dejando en todo ello la traza indeleble de su impresión. Mirando el compendio de sus crónicas se nota una cierta inmodestia, algo así como un desdén a la lectura fácil.

Quizá esto se deba a la grandilocuencia y a la estética que se le quedó de los parnasianos y a la propensión hacia el "chancro sentimental", que heredó de los románticos. Pero Jaime, al parecer, no conocía camino más gustoso para entender la realidad. De Barba Jacob decía que no era uno de esos poetas "calaveras abigarrados que durante la última peste romántica pretendieron darles a sus conflictos sentimentales trascendencia cósmica, arrojando sobre el idioma su propia barahúnda". Bien podría decirse lo mismo acerca de su manera de asumir la escritura. Hay una mezcla de impresionista y romántico congelado en ella. No se vanagloriaba de sus conflictos sentimentales para hacer sus escritos, pero se le notaba en ellos la urgencia romántica del filósofo para entenderlos.

A pesar de que fue un hombre que prefirió lo rápido por su condición de periodista, su eterno anhelo fue la contemplación de las cosas más simples, lentas y curvas: el humo en espiral de la chimenea y de las pipas, el tiple, la hamaca, la caricia, la luna. el amor, el suspiro, un mirador sobre el mar, las olas que cantan... ¿Qué son todos estos atavíos sino alimento para un empecinado espíritu romántico que se le quedó sin permiso?

Lo que sí es evidente es que en los temas que trató en sus crónicas y sus apuntes, se hallan muchos de los elementos de su tiempo; los suficientes como para arriesgar a definirlo, no sólo como un escritor modernista, sino también moderno. Porque mientras la mayoría de sus colegas escribían con tonos barrocos y apergaminados y evocaban las cítaras griegas, los viñedos latinos o las galeras fugitivas, él incorporaba en sus párrafos el avión, el cine parlante, los gánsters, el radio y la música negra. Fue coetáneo de esos hombres visionarios y cosmopolitas que heredaron de los románticos la figura del viajero en perpetua búsqueda y se hicieron conscientes de que el mundo conocido se estaba haciendo trizas y de que era necesario conocer el de ahora para crear uno nuevo. Toda una revolución espiritual generacional que dejó de embriagarse "con sones de Arpas y melodías de ruelas y con uvas sin preparar" y pasó sin rubor al "whisky de contrabando" y al "aguardiente agresivo que fermenta la tragedia".

Ese es el Jaime Barrera Parra que más me gusta. Ese que tal vez se perdió para la literatura por estar hablando de ella en los periódicos o que la escribió sin darse cuenta a través de la larga

correspondencia que mantuvo con sus muchos amigos. Ese del dibujo de Oswaldo Tarazona Méndez en "Páginas de la cultura santandereana". Ese de cara larga, adusta y reservada, nariz chata y labios finos. Ese de pelo pulcro partido a la mitad con toda rigurosidad. Ese de la corbata en su punto y el sombrero olvidado en alguna parte. Ese que esta ahí serio, sin siquiera simular una medio sonrisa para el retrato. Ese con mirada rebrillante y ojos de avellana, de esos que nunca se cansan de mirar.

Entonces lo veo pisando las sombras de las noches frías y alejandrinas de la Bogotá de ese tiempo. Lo veo oliéndolo todo. Lo siento recordar la frase rotunda de Oscar Wilde sobre la tragedia del destino que consiste también en realizar una ilusión. Lo veo junto a Anatole France "dudar de todo, esperando en todo...", poner un halo de benevolencia sobre todas las cosas de la vida, sonriendo y desdeñando el pedantismo de todas las afirmaciones y la ineficacia de todas las dudas". Me imagino en su frente el gesto de aguda reflexión que le quedó después de la muerte de su madre. De ahí se desprenden estas líneas que sin duda, más que cartas, son el testimonio de un hombre que vislumbró sin saberlo, a través de

la epístola, el germen de la prosa al servicio de la crónica moderna:

"La casa estaba llena de betunes nocturnos. Ibamos y veníamos unos contra otros, por los corredores. Tintineaban tazas misteriosas. Las sirvientas nos ofrecían caldo, los amigos brandy. Comenzó la luz láctea del amanecer a agravar ese cuadro, como el vitriolo lacera las carnes... La enterramos en el cementerio de la ciudad clarísima, inundada de azúcares y de pájaros. Zumbaba el cielo como una colmena, goteando almíbares. La dejamos en el hueco oscuro que se la tragó con su bostezo de calicanto..." Lo veo sentado en su escritorio dándole a su estilo los rigurosos toques de una prosa bien adornada con metáforas de un exotismo imposible. Detrás de él los anaqueles, sus libros eternos. Al frente una ventana para seguir mirando... Más allá un cuarto iluminado por un quinqué en donde quizá lo empezó a esperar la muerte más ridícula.

ANDRÉS EUGENIO ALONSO es periodista egresado de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Realizó su trabajo de grado sobre la vida y la obra del periodista Jaime Barrera Parra.